

LA MANO DE DIOS.

Comedia original y en tres actos, por D. Fernando de la Cruz Tirado, *representada con aplauso en el teatro de la Comedia* (Instituto) *el mes de julio de* 1849.

PERSONAGES.

El Marques de Roca-amena.
Elena, *su hija.*
Don Fernando de Mendoza.
El Baron de Melgar.
Beatriz, *ama de llaves.*
Mateo, *mayordomo antiguo del marqués.*
Fonseca, *criado del baron.*
Un Notario.
Un Comisario de policia.
Señoras y caballeros, guardias civiles y criados.

La escena pasa en la casa del marqués.

NOTA. El papel del Baron que se espresa en portugués, se ha escrito haciendo uso de vocablos vulgares, y casi todos usados en nuestro idióma, para que sea comprendido por los espectadores. El actor le debe recitar conforme está escrito, pues se ha procurado hacerlo, usando de las letras castellanas, cuya pronunciacion es casi igual á la que requieren en Portugués.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa del marqués, sin ningun adorno, y cuyos muebles indican la pobreza. Dos puertas á la derecha del espectador; la primera se supone de la habitacion del marqués; al frente de esta una ventana ó balcon, y mas atrás en el foro otra puerta de la habitacion de Elena. En el fondo la de entrada con su correspondiente forillo, figurando el recibimiento. Un bastidor de bordar y varias prendas de costura terminadas y puestas sobre las sillas y mesas. Es el oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

Beatriz, Mateo.

(Al entrar este, deja aquella la labor y se dirige á él. Mateo manifiesta su mal humor.)

Mat. Malas nuevas, Beatriz.
Bea. No se convino, Mateo!
Mat. Está inflexible, y preveo
un desenlace infeliz.
Bea. Pero en fin, ¿qué ha contestado?
No se decide á esperar?
Mat. Hoy mismo quiere cobrar
el trimestre devengado.
Bea. Qué dice usted!
Mat. Lo que digo.
Bea. Mas... ¡la amistad no le mueve!
Mat. ¿En el siglo diez y nueve
quiere usté hallar un amigo?
Beatriz, usted chochea.
Bea. ¡Despues que tanto le ha dado!
Mat. Pues no hay un hombre ilustrado
que cual él no piense y sea.
Aquellos que mas les pidan
y le merezcan mas gracia,
cuando llega la desgracia
son los primeros que olvidan.
Ofrecimientos muy grandes
mientras no se necesita,
mas si usted los solicita
es en vano, estan en Flandes.
Ya se vé, la gente rancia
no nos hemos de hacer cruces!
¡quién compara al de las luces
el siglo de la ignorancia?
¿Y qué persona no estraña
la notable diferencia
que, en las artes y la ciencia
se ha efectuado en España?
De invencion en invencion,

de adelanto en adelanto,
hemos progresado tanto,
que llamamos la atencion
de esas naciones serviles
á tiranos domeñadas.
En España son sagradas
las garantias civiles.
Hasta la naturaleza
con el siglo ha variado,
habla un niño, y de contado
á dar lecciones empieza.
Vive Dios, que es grande mengua
oir tantos disparates
á esos necios, botarates
sin decir es mia esta lengua.
En mi tiempo habia amistad,
y con menos cumplimiento,
se espresaba un sentimiento
con toda sinceridad;
y daba el ejemplo el padre
á sus hijos y muger,
y sabia la madre ser
buena esposa y buena madre.
Y habia amigos y habia hermanos,
y con menos libertad,
tenian mas seguridad
los llamados ciudadanos;
que aunque no tanta elegancia,
habia mas honra y razon,
que era España una nacion,
no una posdata de Francia.

BEA. Pero en fin, ¿no habrá algun medio
para este caso, Mateo?
MAT. Desgraciadamente creo
que el mal no tiene remedio,
á no ser...
BEA. Qué!
MAT. Que usted lo halle.
BEA. Y yo cómo!
MAT. No sé pues.
BEA. Mañana planta al marqués
ese bárbaro en la calle.
MAT. Beatriz, eso es seguro,
está del todo resuelto.
BEA. Y cómo ese hombre se ha vuelto?
MAT. Porque conoce el apuro
y le consta que ya nada
del marqués puede sacar.
BEA. Aun tiene mas que llorar
esa niña infortunada!
Me destroza el corazon
su situacion infeliz!
MAT. A mi tambien, Beatriz,
me lo oprime su afliccion;
pero, ¿qué hacer? qué? Veamos:
¿á quién, pues, nos dirigimos?
BEA. Dios mio! á quién recurrimos?
Pobres amos! (*pensativa.*)
MAT. Pobres amos!
BEA. Calle usted, feliz idea;
pero no, no puede ser;
si lo llegára á saber...
MAT. Digala usted, tal vez sea...
¿quién sabe!
BEA. Estaba pensando
si contarle nuestra cuita...
pero no, la señorita...
MAT. A quién pues!
BEA. A don Fernando.
MAT. Tiene usted razon, señora. (*toma el sombrero.*)
BEA. Pero Mateo... por Dios!
MAT. Será cosa de los dos,
y de elegir ya no es hora;
voy á verlo, y le aseguro
que todo se compondrá.
BEA. Mateo!
MAT. No lo sabrá
la señorita, lo juro.

ESCENA II.

BEATRIZ.

Pobres amos! quién dijera
al verlos en la opulencia,
que tuvieran que vivir
de este modo en la miseria!
Cuán frágiles son, Dios mio!
las pompas y las grandezas
del mundo, que una desgracia
inesperada nos lleva.
Apenas seis meses hace
que el marqués de Roca-amena
era rico, poderoso
en dineros y en haciendas,
y hoy se vé su infeliz hija
pasando noches en vela,
para aliviar de su casa
la situacion tan adversa.
Oh! qué horrible situacion!
¿Dónde irán, si no le entregan
hoy al dueño de esta casa
el trimestre que le adeudan!
Sin dinero, sin amigos,
sin tener quien los proteja,
¿qué hará ese pobre señor?
Y qué será de mi Elena?
Quiera Dios que don Fernando...
Mas la pobre niña llega,
y el sentimiento ocultarle,
para no afligirla, es fuerza.

ESCENA III.

BEATRIZ, ELENA.

ELE. Ha vuelto Mateo?
BEA. Aun no;
pero no puede tardar.
ELE. Es tan cruel esperar
si se espera como yo!
BEA. Temes que no le haga gracia
un hombre que debe tanto
al marqués?
ELE. Recuerdo cuanto
me persigue la desgracia.
Antes que ese vil banquero,
á quien mi padre fiára
su capital, nos robára
villanamente el dinero,
dichosa y afortunada
la suerte me sonreia,
y por do quiera me via
de todo el mundo obsequiada.
De mi vida en los albores
entreví por mi nobleza,
y por mi mucha riqueza,
un porvenir entre flores.
Flores! Ay que se ofrecian
seductoras á mis ojos,

porque ingratas, los abrojos
bajo sus hojas cubrian!
Mas esas flores divinas
que pronto se marchitaron,
su recuerdo me dejaron
y sus punzantes espinas.
Bien lo ves; sin esperanza
mi padre infeliz existe,
y á su lado su hija, triste
ni un solo consuelo alcanza,
que viéndolo deshonrado,
ciego, pobre y abatido,
recordando lo que ha sido
y del mundo abandonado;
mi corazon se destroza,
y prefiero no existir
á semejante vivir.

Bea. Y te olvidas de Mendoza?
Vamos, vamos, no á la pena
te entregues, niña querida;
para consolar tu vida
te queda ese amigo, Elena.

Ele. Qué fuera sino de mi!
Mientras mas estoy penando,
mas por amor á Fernando
el corazon late aqui.
Si le perdiera, ¡Dios mio!
tal pensamiento me aterra;
qué fuera de mi en la tierra
causándome todo hastio!
Es á mi pobre existencia
tan preciso su cariño,
como al tierno y débil niño
de su madre la asistencia.
Como la lluvia á la flor,
como al hombre el alimento,
como al navegante el viento
y la lira al trovador.
El es mi vida, mi ser,
mi esperar, mi pensamiento,
y sin su amor, ni un momento
quiero de vida tener.

Bea. Larga la disfrutarás,
ya cesará tu inquietud;
si se premia la virtud
muy pronto el premio hallarás.
Ocupémonos ahora
de tu padre.

Ele. Si, Beatriz.
Espero llegue feliz
de su partida la hora.

Bea. Nos falta mucho dinero!

Ele. Ya no es mucho, quince duros.

Bea. Vamos, saldremos de apuros
con estas blondas

Ele. Lo espero,
y terminará su mal.

Bea. A qué baños va?

Ele. Asegura
el médico, que hallará cura
en Caldas de Portugal.

Bea. Me alegro; asi tu deseo
se verá, Elena, cumplido.

Ele. Quiéralo Dios; siempre ha sido
por mi padre.

ESCENA IV.

Elena, Beatriz, Mateo.

Ele. Y bien, Mateo!

Bea. Qué ha dicho Diaz?

Mat. Pues... me dijo...
que otro trimestre esperaba.

Ele. Dios se lo pague!

Bea. Mateo!
(*admirada y en voz baja.*)

Mat. Despues de tener contadas
(*á Beatriz en voz baja.*)
y en su bolso las pesetas;
tome usted el recibo. (*se lo dá.*)

Bea. (*á Elena.*) Vaya;
pues hoy dia venturoso.

Ele Ya mi corazon descansa,
que nada puede oponerse
de mi buen padre á la marcha.
Queridos amigos mios,
no sabeis, no, cuanto os ama
esta muger infelice,
y cuánto cariño os guarda
para el dia en que se vea
no como hoy desgraciada.

Bea. Elena!

Mat. Cómo! señora!
nosotros no hacemos nada
mas que cumplir, como cumplen
las gentes que son honradas.
Cuando su padre vivia
opulento en la abundancia,
ambos á dos disfrutamos
de su suerte afortunada;
justo es por tanto que hoy
que en la desgracia se halla,
las penas que lo fatigan
con nosotros las comparta.

Ele. Cuanto agradezco..!

Mat. Mal hecho,
que es obligacion sagrada
pagar con buenas acciones
á quien con ellas nos paga.

Ele. No todos obran asi!

Mat. Señora, la gente rancia,
la del siglo que pasó,
la que cubierta de canas
hoy presenta su cabeza,
sin las pulidas palabras,
ni las frases de cumplido
con que se mienten y engañan,
los que de la ilustracion
al presente siglo llaman,
si recibió algun favor,
fijo lo tiene en el alma.

Bea. Vamos, Elena; nosotros
que servimos en la casa
del marqués, aun mucho antes
que con tu madre casára,
que te hemos visto nacer,
que tantas muestras nos daba
toda tu noble familia
de cariño y confianza,
¿debemos, di, por ventura
obrar de otro modo?

Ele. Gracias,
gracias, queridos amigos.
En la vida infortunada
que mi padre y yo llevamos,
sin vuestro auxilio...

Bea. Ea, basta.

Mat. Déjese usted de esas cosas.

Bea. Pronto, mi Elena adorada,

cesarán tantos pesares,
que don Fernando...
Mat. Ahora acaba...
Ele. Le ha visto usted!
Mat. No.., Señora...
(Lengua maldita!)
Bea. (Mal haya!)
Mat. Decia... que pronto... muy pronto...
Usted me entiende?
Ele. Yo! nada;
solo creí haberle oido
que en el momento acababa,
no sé qué...
Mat. Yo he dicho eso?
No lo recuerdo.
Bea. Bobadas!
Siempre está el pobre Mateo
rumiando medias palabras;
hablaria sobre este siglo.
Mat. Justo, sobre el siglo hablaba;
pero recuerdo que tengo
mucho que hacer.
Bea. Bien, pues vaya,
que de seguro las flores
estarán casi agostadas.
Mat. Señorita....
Ele. A Dios, Mateo.
Mat. (Por poquito se me escapa.)
Bea. Yo á terminar este encaje,
del que ya muy poco falta.

ESCENA V.

Beatriz *haciendo encaje*, Elena.

Ele. Cesa, llanto, de abrasar
mis mejillas, ya que el cielo
quiso mi pena aliviar;
si grande ha sido el pesar
grande ha de ser el consuelo.
Cuando el dolor ha pasado
y la ventura se alcanza,
¡cuánto goza el desgraciado!
Abrete pues, angustiado
corazon, á la esperanza!
Desecha la nube oscura,
hermoso el cielo se ostenta,
y pasada la tormenta
al través del aura pura
mas puro el sol se presenta.
Ya los plácidos destellos
del sol que alumbra á mi vida,
lucientes se ven y bellos,
y el corazon halla en ellos
una esperanza perdida.
Esperanza venturosa
que dá vida al pecho mio,
como se la dá á la rosa
en estacion calorosa
el benéfico rocío;
como en su pena anhelante
de la plácida bonanza,
la recibe el navegante,
como la goza el amante
cuando el si dichoso alcanza.

ESCENA VI.

Dichas, El Marques, *á quien Elena acompaña hasta un sillon.*

Mar. Elena! (*desde la puerta,*)
Ele. Padre querido! (*corriendo á él.*)
Mar. Qué haces?
Ele. Señor, miraba
la labor que Beatriz
con tanto empeño trabaja.
Mar. Algun adorno?
Ele. Un adorno
de cabeza
Mar. Me alegrára
poderte dar mi dictámen;
¿cuándo lo estrenas? Mañana!
Ele. No señor, no es para mi.
Mar. No es para ti?... Ah! me olvidaba
que ya es solo una modista
mi pobre hija; y mi casa,
la casa de Roca-amena,
un taller. Esta desgracia
que yo imprudente he causado,
el corazon me desgarra!
Ele. Padre, padre!
Mar. Cuando pienso
que eres por mi desgraciada,
y que deshonré, ¡Dios mio!
á mi nombre con tal mancha,
quisiera poder privarme
de una vida tan amarga.
Ele. Pero señor, el culpable
no es usted.
Mar. Ah! calla... calla;
en vez de ser de consuelo,
pobre Elena, tus palabras,
como conozco mi culpa
el pecho me despedazan.
Ele. Usted culpable?
Mar. Si, Elena.
Ele. Imposible!
Mar. Si; haz que salga
Beatriz.
Ele. Déjanos solos. (*á Beatriz.*)

ESCENA VII.

El Marques, *sentado;* Elena, *en pié, à su lado.*

Mar. Ahora escucha.
Ele. (Otra desgracia!)
Mar. Heredé de mi padre un nombre ilustre
que asi lo recibió desde su cuna,
y nunca su esplendor, su fama ilustre
ni su honor empañó mancha ninguna.
Lucientes como el sol, de Roca-amena
brillaron por do quiera los blasones,
que siempre mis abuelos, siempre, Elena,
fundaron su nobleza en sus acciones.
Inesperto, ay de mi! mi edad primera
se vió de las pasiones combatida,
y al vicio que cruzó por mi carrera,
mi honor y nombre le entregué y mi vida.
Sin padres, sin amigos, sin ejemplo
que pudieran guiar el paso mio,
si el vicio ó la locura quiso un templo,
templo y altar les dió mi desvario.
Asi pasaron mis primeros años,
asi mis horas venturosas fueron;
mas muy luego, funestos desengaños
la ilusion de mi vida deshicieron.
Solo y pobre me vi; los que conmigo
mis riquezas cuantiosas disiparon,
del marqués olvidados, al mendigo
en su suerte infeliz abandonaron.
Entonces conocí, y esto es horrible!

á la pobre ¡ay de mi! que te dió el ser;
joven pura, inocente, y tan sensible,
cual nunca pudo darse otra muger.
Lo digo con rubor; ni su belleza
ni su virtud ni dotes me inspiraron,
tan solo mi ambicion, por su riqueza
y mi indomable orgullo, la engañaron.
Perdon te pido, mi querida Elena,
mas desgarra mi pecho su memoria;
quiero evitarme la terrible pena
de renovar mi llaga con su historia...
Te bastará saber, que desgraciada,
ausente de su esposo y de su padre
espiró la infeliz...

ELE. Madre adorada!

MAR. Sin oirte una vez llamarla madre!...
Despues de muerta, con mayor empeño
pretendí remediar la hacienda mia,
y creyéndome de ella el solo dueño,
negocié de Mendoza en compañia.
Entonces convinimos mútuamente
en unirte á su hijo que te amaba,
joven honrado, bueno, consecuente,
y con caudal que al tuyo aventajaba.
Feliz, si la ambicion que en mi sentia
con tan próspera suerte se callára,
nombre, haciendas y honor conservaria,
y honor, nombres y haciendas te legára.
Pero, ¡pobre de mi! que allá en la altura
el destino del réprobo está escrito,
si mártir sucumbió tu madre y pura,
bien mereció tu padre ser maldito.

ELE. Señor... Señor! por Dios!

MAR. Ni una palabra
profieras de consuelo, hija querida;
nunca tu labio angelical se abra
en bien de una existencia maldecida!
De este crimen horrendo, que me aterra,
tan solo deben ocuparse dos;
purgándolo tu padre aqui en la tierra,
y allá en el cielo castigando Dios.
Pero deja que acabe; necesito
librar de tal suplicio al corazon;
que en confesarte, Elena, mi delito,
me impongo una terrible espiacion.

ELE. Omitidla, señor, sé que fiando
á un hombre sin honor vuestro caudal,
entero os lo robó.

MAR. Siempre penando
pasaré mi existencia!

ELE. Vuestro mal
debe, padre querido, cesar luego.

MAR. No te ilusiones, hija, por Dios, no,
con mi conciencia deshonrado y ciego,
¡qué esperanza podré conservar yo!

ELE. La de sanar, y al lado de una hija
que funda su ventura en vuestro amor,
sin que nada en el mundo ya le aflija,
gozar vuestra existencia!

MAR. Sin honor!

ELE. Y por qué sin honor?

MAR. Porque al perderme
perdí tambien á cien que me fiaron
su capital, y luego sin creerme
de mi honradez y providad dudaron.

ELE. Pero no sois culpable.

MAR. Aqui en mi frente
el mundo vé una mancha abominable;
¿qué me importa saber que soy inocente
si aparezco á sus ojos cual culpable?
Ese mundo falaz que en su demencia
proteje al opresor, no á los que gimen,
al mirar desgraciada á la inocencia
entusiasta un altar levanta al crimen!
Nada debo esperar de su injusticia,
morir en la deshonra es mi destino,
no existe para mi ley ni justicia,
que así le place á mi funesto sino.

ELE. Morir y deshonrado!

MAR. Esa es mi suerte.

ELE. Calladla por piedad, no la digais;
vuestra muerte, señor, será mi muerte!

MAR. Elena, hija querida! (*abrazándola*)

ELE. Ah! no me amais!

MAR. Que yo no te amo!.. di, ¿por quién la vida
soporto en el pesar? ¿Por quién, Elena,
conservo esta existencia maldecida,
de dolor en dolor, de pena en pena?
Si el cielo por mi mal, una barrera
entre los dos eterna levantára,
tan amargos dolores no sufriera,
que vida tan odiosa me arrancára.
Ah! tú no sabes...

ESCENA VIII.

Dichos, MATEO.

ELE. Mateo,
qué ocurre?

MAT. Nada, señora;
solo esta carta que ahora
mismo llega del correo. (*dándosela.*)

MAR. Carta!

ELE. Si.

MAT. (*leyéndola.*) De Barcelona.

ELE. Es de Mendoza.

MAR. Ah! ese amigo
tan franco y leal conmigo,
me aprecia y no me abandona.
Forma él solo la esperanza
que en la desgracia me escite,
el ser único que existe,
que me inspira confianza.

ELE. Ay! (*desmayándose.*)

MAT. Elena! (*levantándose.*)

MAT. Beatriz,
(*llamando al mismo tiempo de sentar á Elena.*)
corra usted.

ELE. Suerte cruel!

MAR. Esa carta... ese papel.
(*buscándolo con mucha agitacion.*)
quiero leerlo... Infeliz!
(*tomándolo de las manos de Elena.*)
¿no recuerdas que eres ciego?
El contenido que encierra,
sin saber por qué, me aterra.

ESCENA IX.

Dichos, BEATRIZ.

BEA. Qué quiere usted?

MAT. Vamos luego,
agua.

BEA. Mas qué ha sucedido!
Mi Elenita desmayada. (*trae agua.*)

MAR. No hay suerte mas desgraciada;
ahora sé lo que he perdido.
(*pasa la mano por el papel, como para conocer lo escrito.*)

Se afana mi mente en vano;
oh que horroroso tormento,
cuando en mi desgracia siento
que está abrasando mi mano.
¡Qué dirá! me desespero.
¡Oh que terrible es no ver!
Para tanto padecer
la muerte mil veces quiero.

ELE. Padre mio! (*volviendo.*)
MAR. (*acercándose agitado.*) Me oyes, Elena,
ni una palabra.
MAT. Señora,
ánimo.
ELE. (Mi última hora
pronto vendrá.)
MAR. ¿Estás ya buena?
ELE. Ya estoy mejor.
MAR. Bien; deseo (*á los criados.*)
hablarla; si os necesita,
avisaré.
BEA. Señorita...
ELE. A Dios.
BEA. ¿Qué es esto, Mateo?

ESCENA X.

ELENA, EL MARQUES.

MAR. Bien puedes comprender, querida Elena,
cual mi pecho estará.
ELE. Padre del alma,
este golpe terrible, este infortunio
con mi existencia miserable acaba.
Si con valor, de mi angustiosa vida
he podido sufrir tantas desgracias,
para el dolor que hoy, mísera, me aqueja,
corazon y valor, señor, me faltan.
MAR. Pero bien, ¿y esta carta? Quiero oirla,
quiero saber lo que contiene. ¿Callas?
¿Qué nueva pena al corazon encubre?
¿Por qué mis manos su papel abrasa?
Elena, Elena, de tu pobre padre
ten compasion, por Dios: si no te ablanda
el amargo dolor que lo devora,
si ya no te conmueven sus palabras,
y harta ya de sufrir por culpa suya
lo abandonas tambien, no seas ingrata
con el ciego infeliz que te suplica,
lo mires con piedad, puesto á tus plantas!
ELE. Padre! Señor, por Dios! (*deteniéndolo*)
MAR. Pues bien, Elena,
quiero escucharla al punto; lee esta carta,
aun tengo corazon, y á nada temo;
¡puede aumentarse acaso mi desgracia!
ELE. (*lee llorando.*)

Señor don Luis Ramirez: Muy señor mio: Nadie como yo... que aunque en menos cantidad, participé tambien de su desgracia, puede responder de su inocencia;.. pero teniendo que vivir en el mundo... preciso me es sujetarme á sus leyes y costumbres.... por mas malas é injustas que sean... Esto supuesto... no deberá usted estrañar que, aunque con mucho sentimiento..... considere rotos desde hoy... nuestros antiguos contratos, respecto á la... union... de su hija... con mi hijo Fernando... que desde luego... dará su mano... á una prima suya... si no mas virtuosa... al menos no tan desgraciada como la pobre Elena. Soy etc.—Diego Mendoza.

(*el marqués toma la carta.*)

MAR. Y el llanto que surcaba tus megillas,
y el golpe de que tanto te quejabas,
eran efectos solo, dime, Elena,
del contenido de esta inicua carta?
No quiero, no, creerlo; no es posible
que cuando un hombre pérfido te ultraja,
des el lugar á estéril sentimiento
que el desprecio y el ódio te reclaman.
Ah! no, no puede ser; tu eres mi hija,
la noble sangre que tus venas baña
te dará fuerza en tan terrible prueba;
es preciso olvidar, tu honor lo manda.
ELE. Olvidarlo, señor! ah... no es posible;
en vano, padre mio, lo intentára,
que el afecto que anima á nuestra vida,
con la vida ¡ay de mi! tan solo acaba.
Niña inocente, de pasiones libre
y con vuestro cariño afortunada,
gozaba de mi plácida existencia
sin sentir un pesar, en dulce calma.
Porque vos lo quisisteis, en mi pecho
el amor de Fernando tuvo entrada,
y si constante amó, fué, padre mio
porque vos le mandásteis que adorara.
Ahora bien, ese afecto que nutrido
aqui en mi corazon dichoso se halla,
hace mas de seis años: ese afecto
que es mi ensueño, mi bien y mi esperanza
que mitiga las penas que padezco,
y que me anima en mi fatal desgracia,
¿cómo quereis, decid, cómo quereis
que lo pueda olvidar? El que bien ama
no tan pronto, señor, tanto cariño
sin su vida, infeliz, del pecho arranca.
MAR. ¡Con qué es decir, Elena, que persistes
en tan loca pasion, cuando te ultraja
el padre de Fernando! Pobre niña!
anda, anda, infeliz, ponte á sus plantas
y rendida suplícale; mas antes,
antes que caiga tan horrible mancha
sobre tu pura frente; antes de verlo
mofarse de tus penas y tus lágrimas,
desatender tu súplica, y volverte
con desprecio insolente las espaldas,
acabe mi existencia pesarosa
que soportar no puede tal desgracia.
ELE. Padre... Padre.
MAR. No, no; no soy tu padre;
aun esa desventura me faltaba;
moriré ciego, desgraciado y pobre,
y lejos ¡ay! de la hija que adoraba.
ELE. Piedad, piedad.
MAR. En mi postrer momento,
al finar esta vida infortunada,
no sentiré á mi lado un solo amigo
que me tienda su mano, ni en mis ansia
oiré la voz de aquella, que otro tiempo
mis penas y dolores consolaba.
ELE. Cesad, cesad, por Dios; yo padre mio
os prometo olvidarlo, y si él me ama
y persiste constante, mis oidos
cerraré, yo os lo juro, á sus palabras.
MAR. Elena, hija querida, tu devuelves
la existencia á tu padre; por ti acaba
de tener un placer, que en mucho tiempo
tan grato y tan hermoso no gozára.
Abrazame otra vez, otra y mil veces,
tu que formas mi vida y mi esperanza;
¿pero tiemblas, Elena? Eso me indica

que el orgullo conservas de tu raza,
y que al ver que te ultrajan, noblemente
tu sangre se conmueve. Elena amada
¿no es verdad que es de ira?
ELE. Si .. de. .. ira.
Fernando! ¡Santo Dios!
MAR. Escucha y calla.

ESCENA XI.

Dichos, FERNANDO.

FER. Padre! Elena!
MAR. Ya estos nombres
es forzoso que al olvido
se den.
FER. Señor!
MAR. Fernando,
olvidarlos es preciso.
FER. Elena... que escucho... Cielos!
ELE. (No me abandoneis Dios mio.)
FER. Esas lágrimas ¿qué indican?
dime por Dios.
MAR. Este escrito
te lo dirá.
FER. De mi padre! (*lo toma, lo lee y dice.*)
Nunca, jamás.
ELE. (Que suplicio.)
FER. Con sentimiento conozco
cuán justamente ofendido
debe usté estar.
MAR. No, Fernando:
tu padre, como es mi amigo, (*con ironía.*)
me trata con confianza...
y ya lo ves... ha creido
con razon, que no es mi Elena
bastante para su hijo,
En esto no cabe ofensa;
solo demuestra el cariño
que te tiene, y la amistad
que lo unió siempre conmigo.
FER. Ay señor, esas palabras
aumentan mas mi martirio.
MAR. ¿Y por qué?
FER. Porque comprendo
lo que encierran, y adivino
la resolucion que usted
ha tomado.
MAR. Asi me evito
el disgusto de decirte
que en esta casa...
ELE. (Yo espiro.)
FER. Padre... padre... no. (*suplicando.*)
MAR. Imprudente!
Cuando está viendo que olvido
el ultrage que me han hecho;
cuando ves que sacrifico
mi carácter y mi orgullo
para hablarte; y que tranquilo
aparento recibir
un insulto tan inicuo,
¿te atreves á suplicarme?
Fernando dime, ¿has creido
que puedo estar á tu lado
sin vergüenza? ¿Qué en mi oido
puede ya sonar tu nombre
sin rubor? ¿Qué en este sitio
puede hallarse tu persona?...
Ah... no... vete: en el retiro
solitario y miserable
que por mi desgracia habito,
conservo todo el orgullo
de mi ilustre nombre digno.
Vete, vete, y di á tu padre
que le agradezco infinito
el favor que me dispensa,
confesando que estoy limpio,
indigno de todo crimen;
mas dile que te despido,
sin que me muevan tus ruegos
á compasion, y que admito
el rompimiento propuesto.
quedando reconocido.
FER. Señor, por Dios... y tu, Elena,
¿qué has hecho de tu cariño?
ELE. Fernando!
FER. Dime ¿asi cedes
cuando ves que yo resisto?
MAR. Mendoza, Elena es mi hija,
y el que á su padre ha ofendido,
solo debe su desprecio
y ódio esperar; ¿lo has oido?
FER. Habla, Elena.
ELE. No me acuses
de inconstante, mi destino
asi lo quiere.
FER. Tu me amas?
ELE. Qué con decirlo consigo?
FER. Dame un consuelo.
ELE. Pues bien
si, yo te amo con delirio;
pero nunca una esperanza
conserves, que el pecho mio
combatir sabrá este amor
que es desde hoy un delito;
todo lo sabes, Fernando.
MAR. Lo oiste!
FER. Bien, me retiro;
pero pronto volveré
y entonces...
MAR. Yo te bendigo. (*á Elena.*)
FER. A Dios, Elena, á Dios padre.
ELE. A Dios, Fernando.
MAR. A Dios... hijo.
Se me parte el corazon
pero es, Elena, preciso.
(*sale Fernando por la puerta del foro: el marqués por la de su cuarto.*)

ESCENA XII.

ELENA, *despues el* MARQUES.

ELE. ¡Habrá otra pena, ay de mi!
para Elena reservada?
Venga pues, que resignada,
santo Dios, la aguardo aqui.
Para cuanto padecí
tu piedad me dió valor,
pues que pasé en el dolor
mi desgraciada existencia,
esperando en tu clemencia
y confiando en mi amor.
Vuelve, vuelve dulce ensueño
al pecho triste la paz,
y esa ventura fugaz
que le presta tu beleño;
mas no vuelvas, que si el sueño
lleva tras si la ilusion
que formára en su afliccion

de un dichoso porvenir,
mas te vale no dormir
desgraciado corazon.

Fer. Elena!

Se supone que don Fernando habla desde la calle; á su voz sale el Marqués á la puerta de su habitacion, y marca en su rostro el placer y el disgusto que le causan las palabras de Elena.

Ele. Cielos.

Fer. Elena!

Ele. Ese es su acento querido!
¡Cuán dulcemente en mi oido
su apacible voz resuena!
Me llama; su amor y pena
consolar debe mi amor,
ya que tan fiero dolor
sin quererlo le he causado
(va á acercarse à la ventana.)
pero no, no, que he jurado
olvidarlo, por mi honor.

Fer. Elena.

Ele. Su triste acento
ni debo, ni puedo oir,
aunque mi amargo existir
sea para siempre un tormento.
Pero ¿por qué me lamento
y porqué hemos de llorar?
Fernando, te debo amar,
nos amaremos los d os;
¿puede nadie, mas que Dios,
nuestras almas separar?
Nadie, nadie, corro á ti
á consolar tu alma triste: *(se detiene.)*
mas ¿y mi padre que existe
tan solamente por mi?

Fer. Elena, Elena.

Ele. Si, si.
tu corazon no se aflija,
que en ti mi suerte se fija;
(se dirige resueltamente á la ventana.)
¡pero que hago! ¿y mi honor?
Venza el deber á mi amor.

El marqués se ha ido aproximando á Elena de modo que al cerrar la ventana se halle junto á ella, y al conocer su resolucion la recibe en sus brazos desfallecida.

Mar. Elena, si, tu eres mi hija.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que el primer acto, con la sola diferencia de que los muebles y adornos de la casa son de lujo, lo mismo que los trages de sus dueños y criados.

ESCENA PRIMERA.

Elena, Beatriz.

Bea. Bien ves, mi querida Elena,
como tu suerte ha cambiado;
ya por fin ha variado
tu situacion.

Ele. Ay! la pena
que al corazon, Beatriz,
por mi mala suerte embarga,
hoy subsiste mas amarga.

Bea. Elena, ¿no eres feliz?

Ele. ¿Yo feliz? ¡Pluguiera al cielo
dar consuelo á mi dolor!
¡Y mi Fernando, y su amor!
¿puede haber sin él consuelo
para el pecho que lo adora,
ni puede, dime, gozar
cuando su dicha es amar
y por perdido lo llora?

Bea ¿Lo c nsideras perdido?

Ele. Tienes acaso esperanza?...

Bea. Tengo entera confianza
de verlo pronto á ti unido.

Ele. ¿Y en qué la fundas?

Bea. La fundo
con razon en mi esperiencia;
la edad enseña la ciencia
que dá á conocer al mundo.
Por qué se opuso don Diego
al enlace? Dime pues;
porque se hallaba el marques
deshonrado, pobre y ciego.
Siendo hoy rico, á vuestro afecto
nada tiene que oponer,
quita la causa, y á ver
si no se acaba el efecto.

Ele. Beatriz, tienes razon;
tú alivias la suerte mia,
que en tus palabras confia
mi angustiado corazon.
Mas... ¿qué será de Fernando?
Dos meses ha no le veo.

Bea. Segun ha dicho Mateo,
parece está viajando,
y como nada perdona
para su objeto alcanzar,
bien se puede asegurar
que ha marchado á Barcelona,
para obtener de su padre
la licencia.

Ele. Y la obtendrá?

Bea. Sin duda se la dará,
te quiere mucho su madre.

Ele. En ese caso, Beatriz,
cuán dichosa me veré,
porque todo lo tendré
para creerme feliz.
De mi padre la inquietud
por su suerte, ya ha cesado,
lo ves contento, animado,
y con entera salud.
Solo me causa estrañeza
que un secreto quiere hacerme,
quizás para sorprenderme,
de su caudal, y aun empieza
á causarme algun recelo,
sin que sepa la razon,
ese estúpido baron
de Melgazo y Parazuelo.
No acierto por qué el marqués
lo atiende con tanto empeño.

Bea. Vaya un hombre, vaya un ceño!
es en todo un portugués.
Siempre hablando de nobleza
y de morgados y fincas,
y de que si basta á los Incas
puede vencer en riqueza,
y de su mucho talento,
y de sus bienes crecidos,

y tiene... nueve apellidos
sin los de Sousa y Sarmiento.
ELE. Segun eso, será justo
mi recelo?
BEA. En conclusion,
qué recelas?
(*Elena despues de asegurarse de que estan solas, habla en secreto á Beatriz.*)
ELE. Como cuadre
á su intento, Beatriz...
BEA. No seas tonta.
ELE Soy infeliz,
no conoces á mi padre.
BEA. Desecha ese pensamiento,
desechalo desde ahora.

ESCENA II.

Dichas, MATEO, *desde la puerta.*

MAT. Quiero hablar á la señora,
si lo permite, un momento.
ELE. A solas?
MAT. Es mi deseo
que estemos solos los dos.
ELE. En cuidado, vive Dios,
me pone usted, buen Mateo.
MAT. Pues por fortuna el cuidado
es tan solo para nos.
ELE. Para usted solo?
MAT. Si.
ELE Si?
y en asunto reservado?
Adelante; Beatriz, vete.
MAT. Tantos favores... señora...
ELE. Puede usté hablar en buen hora
sin que nadie nos inquiete.

ESCENA III.

ELENA, MATEO.

MAT. Mi triste corazon gime, señora,
que una culpa mortal me lo acibara.
ELE. Una culpa y mortal! cosa es bien rara
que quiera usted hacerme confesora.
Absolverlo no puedo; otra receta
para el pecado ni se dá, ni toma,
por fortuna no tiene que ir á Roma
que está su Santidad cerca, en Gaeta.
MAT. Por mas que arrepentido triste llanto
derramaron mis ojos, no podria
aliviar ni absolver la culpa mia
con todo su poder el Padre Santo.
ELE. Y si el Papa no puede, ¿qué consuelo
de mi pobre razon su mal espera?
MAT. A usted sola, señora, si quisiera,
le es dado remediar mi desconsuelo.
ELE. En mi mano se halla?
MAT. Ciertamente.
ELE. Pues hable usted tranquilo, buen Mateo,
y confiese su culpa, sin rodeo,
que soy un confesor, harto indulgente.
MAT. Usted recuerda cuando el mes vencido
de esta casa lanzarnos quiso el dueño?
ELE. Lo recuerdo muy bien.
MAT. Pues un empeño
desde aquella ocasion he contraido.
ELE. Tambien lo sé; mas falta todavia
un mes para cumplirse el plazo nuevo
que pudo usté alcanzar.
MAT. Ah! no me atrevo,
señora, á confesar la culpa mia.
ELE. Hable usted de una vez.
MAT. Pues bien, no es cierto
que el plazo que usted dice, consiguiera,
que el dueño sin quererme dar espera
completo recibió su descubierto.
ELE. El dinero... ¿y de dónde?
MAT. Recordando
la triste situacion en que se hallaba
el marqués, si la deuda no pagaba,
pedi su importe.
ELE. A quién?
MAT. A don Fernando.
(*Elena manifiesta su enojo: Mateo permanece con la vista baja.*)
ELE. Bien hizo usted, Mateo, en prepararme
para decirme su menguada culpa,
y en vano en la intencion busque disculpa,
que ninguna, ninguna puede darme.
(*saca del tocador billetes de banco.*)
Tome usted el dinero, y sin demora
haga usted lo reciba ese sugeto,
y siempre para él, que sea un secreto
que este asunto lo sabe la señora. (*vase.*)

ESCENA IV.

MATEO.

No lo sabrá, lo prometo,
aqui en mi pecho guardado,
este secreto estará
aunque viviera cien años.
Yo mandaré á Barcelona
á ese pobre don Fernando,
este maldito dinero;
dinero que me ha costado
tantos disgustos; ni un dia
por mas que digan, aguardo.
Y pardiez que me dá lástima
la suerte de ese muchacho,
tan jovén, tan generoso,
tan fino y enamorado.
Pero dejemos al tiempo,
que segun dicen los sabios,
es el seguro testigo
y nuestro encargo cumplamos.
(*al dirigirse á la puerta vé á don Fernando.*)

ESCENA V.

MATEO, FERNANDO.

MAT. Señorito!
FER. Mas... qué miro?
(*reparando en los muebles y adornos de la sala.*)
Habita Elena esta casa?
MAT. Si señor; con el marqués
que de los baños acaba
dos dias hace, de llegar,
bueno y con vista á Dios gracias.
FER. Pero bien, dime, Mateo,
estos adornos y alhajas,
esta grande variacion
que advierto, di, ¿qué desgracia
me pronostican?
MAT. La ignoro;
solo sé que desde Caldas
el marqués á la señora
sumas crecidas mandaba,
diciéndola que amueblase

con lujo y con elegancia
la casa, y en cuanto á ella
que ningun gasto escusára.
Esto me hace presumir...

Fer. No me lo digas, no, calla;
que si siendo desgraciado
y no teniendo esperanza
de mejorar su fortuna,
pudo el marqués de su casa
arrojarme por su orgullo,
teniendo riquezas tantas
no debo esperar que atienda
mis deseos y palabras.
Pero y Elena, y Elena!
y esa muger adorada,
cuya imágen seductora
de mi mente no se aparta?
Tambien me olvida, Mateo?
Di.

Mat. Señorito, educada
por su padre, á quien respeta
como nadie, y á quien ama
con cuanto amor y cariño
encierra su bella alma,
estoy seguro, seguro
que si su padre lo manda,
por complacerlo renuncia
hasta á la vida.

Fer. Menguada,
vive Dios, la suerte mia
solo penas me depara.
Mateo, dila, suplícale
que me escuche, quiero hablarla
para saber de una vez
hasta su fin mi desgracia.

Mat. No sé si debo...

Fer. Qué, ¿dudas?

Mat. (El marqués no ha dicho nada
de impedir...) Voy, señorito,
voy al momento á llamarla.
Pero tome usted, Dios mio!
lo principal olvidaba.

Fer. Què es eso?

Mat. Toma, el dinero
que usted me dió.

Fer. Guarda, guarda
para ti esa friolera.

Mat. Señorito..,

Fer. Oiste?

Mat. Gracias.
(No le falta mas que ser
del siglo de la ignorancia!)

ESCENA VI.

Fernando.

Pongamos fin á la duda
que el corazon despedaza,
que es el dudar, mas terrible
y cruel que la desgracia.
¿Será posible, Dios mio,
que me haya olvidado ingrata,
la que juró tantas veces
amarme siempre? Ah! no me ama!
Falaces sus juramentos,
engañosas sus palabras,
insensible el viento leve
por mi mal llevó en sus alas.

ESCENA VII.

Dicho, Elena.

Fer. Elena! (*dirigiéndose á ella.*)

Ele. Fernando! (*lo mismo.*)
mas bien... á qué vienes? (*conteniéndose.*)

Fer. Y tú lo preguntas!
Ah! no, no me quieres.
Del tierno cariño
que un tiempo ferviente
formára tu dicha,
labrando mi suerte,
ni un solo recuerdo,
ingrata, te mueve!
Elena, ó insensible
tu pecho no siente
la llama que al mio
abrasado tiene,
ó ya veleidosa
y falsa, y aleve,
al darme al olvido
me das hoy la muerte.

Ele. Qué dices? Ingrato!

Fer. Hablarme aun te atreves?

Ele. ¿Por qué no he de hablarte
estando inocente?
Aqui tu memoria,
querida, perenne,
grabada está hoy,
Fernando, cual siempre.
Si en un triste dia
sumisa, obediente,
prometí á mi padre
ni hablarte ni verte,
al cielo pregunta,
que el cielo te cuente
mi pena, que el labio
contarla no puede.

Fer. Elena!

Ele. Fernando!

Fer. Mi bien, tú devuelves
la paz y ventura
al pecho; tu eres
su sola esperanza.
Mas dime... ¿qué tienes?
(*Elena se repone y hace lo que dicen los versos.*)
Por qué de mis manos
las tuyas desprendes?
Por qué en tus megillas
el llanto se advierte?
Qué pena te aflige?

Ele. Olvidas que al verte
recuerdo á mi padre?

Fer. Y bien... ¿por qué sientes
su grato recuerdo?
Anhelo yo verle.
No ya pesarosa,
Elena, te muestres;
si duro el destino,
si el hado inclemente
de penas la vida
colmónos aleve,
gocemos ahora
de puros placeres
la pena olvidando,
que un sol refulgente,
de paz y ventura
la dicha nos vuelve.

ELE. Qué dices, Fernando,
la dicha!
FER. Si, lee.
(*le dá una carta que Elena lee velozmente.*)
Lo ves... mi buen padre.
ELE. Es cierto, consiente?
FER. Qué obstáculo ahora
pudiera oponerse?
ELE. Ninguno; mas vamos,
mi padre te quiere;
verás cuán dichoso
sus brazos nos tiende.
Feliz, venturosa
será nuestra suerte.
(*al dirigirse á la puerta del foro, se presenta el Marqués perfectamente vestido y ya bueno de la vista.*)

ESCENA VIII.

Dichos, EL MARQUES.

ELE. Padre!
FER. Señor!
MAR. He sabido
que en esta casa has entrado,
é ignoro por qué, menguado,
das paso tan atrevido.
FER. Usted lo ignora?
MAR. Pardiez,
y sin razon.
ELE. (Santo Dios!)
MAR. Hay un muro entre los dos, (*señalándolos.*)
ya te lo dige otra vez.
FER. Señor...
ELE. Padre!
MAR. Si, lo juro,
nada debes esperar.
FER. Y si logro derribar
por mi fortuna ese muro?
MAR. Es mucha tu confianza.
FER. Solo en la razon se funda.
MAR. Y no temes, di, que se hunda
primero que él, tu esperanza.
FER. Usted decidirlo puede,
y siendo padre, es seguro
que sabrá abatir el muro
si á mis esfuerzos no cede.
MAR. Tal vez equivocacion
en esa opinion exista.
FER. Y habrá, señor, quién resista
de una hija la aflicción?
MAR. Nadie sabe como un padre
lo que conviene á su hija,
y aunque inesperta se aflija,
como á su ventura cuadre,
no debe nunca ceder;
esta es mi pobre opinion,
tú tendrás otra razon (*con ironia.*)
de mas peso que oponer;
mas para evitar que en vano
te causes un nuevo apuro,
has de saber, que ese muro
lo ha levantado mi mano.
Esto, Fernando, te sobra
para tu vida arreglar;
á ninguno derribar
le es agradable su obra.
FER. Con que entonces..?
MAR. Es de mas
ocuparnos de este asunto;
por lo que toca á este punto,
no convendremos jamás.
FER. Lo oyes? (*á Elena.*)
ELE. Si, padre y señor,
nadie como yo en el mundo,
con respeto tan profundo
le ha demostrado su amor.
Existiendo desgraciada,
por causas... no del momento,
atenta á su pensamiento
era mi ley su mirada.
En la miseria los dos
porque asi plugo al destino,
un remedio en el camino
de mi vida puso Dios.
Remedio que me ofrecia
un porvenir de ventura,
cuando pobre, en la amargura,
porque Dios quiso vivia.
Pues bien, padre, con valor
renuncié al favor del cielo,
que era agradarle mi anhelo
demostrándole mi amor,
Por eso mi voluntad
á la suya sujetando,
segui mi pena llorando
sin consuelo en mi ansiedad.
Mas... si usted se opuso, fué
al calcularse ofendido
por una carta?
MAR. Asi ha sido.
ELE. Lea usted esta.
(*le dá la que le entregó don Fernando, que lee el marqués velozmente.*)
MAR. Bien y qué? (*aparentando calma.*)
Las lágrimas que has vertido
y tus ruegos, lo comprendo,
de Mendoza, á lo que entiendo,
el corazon han movido;
y accediendo á hacer las paces,
por aliviar tu dolor,
te concede el alto honor
de que con su hijo te enlaces... (*con mucha ironia.*)
Está bien... yo desde luego
nada tengo que oponer...
nos quiere favorecer
en estremo el tal don Diego.
ELE. Padre!
FER. Señor! (*con alegria.*)
MAR. (*á Fernando.*) Qué me doble
mentecato, esperas? Oh!
tengo mas orgullo yo
que toda tu raza innoble.
No mas el llanto te aflija. (*á Elena.*)
Ahi la tienes, (*á Fernando.*) id con Dios,
sed muy dichosos los dos.
Elena... (*va á abrazarla.*) no, murió mi hija!
ELE. Padre!... por Dios! (*llorando.*)
MAR. Ese nombre
que ya no suene en mi oido;
Elena, tú has preferido
á mi ventura ese hombre...
Por él, por él me abandona
ingrato tu corazon...
No temas mi maldicion,
mi cariño te perdona;
pero teme la de allí; (*señalando al cielo.*)
tambien perdonó tu madre. (*bajo á Elena.*)

Puedes contar á tu padre (*á don Fernando.*)
cuanto me has oido aqui.

ESCENA IX.

ELENA, FERNANDO, *despues* EL MARQUES.

FER. Elena, á tu corazon
solo debes escuchar,
déjate por él guiar.
ELE. Me falta resolucion.
En otro tiempo creia
poder vivir venturosa,
siendo al par su hija y tu esposa
mas... se pasó mi alegria;
y en la situacion cruel
en que mi pecho batalla,
irresistible, si, se halla
por ti luchando, y por él,
con harto dolor.
FER. Escucha.
ELE. Cuanto hablar puedas preveo.
FER. Pues ninguna razon veo
para tan terrible lucha.
(*el marqués se deja ver en la puerta de su habitacion.*)
Cuando por preocupacion
un padre tan inhumano
se convierte en su tirano,
queda al hijo la razon.
ELE. La razon!.. pluguiera al cielo
que la razon me faltára;
no este llanto derramára
sin hallar en él consuelo.
Mas no puede el corazon
que él es mi padre olvidar:
no, no le debo causar,
ingrata, tal afliccion.
FER. Elena!
ELE. El afecto ignoras
que engendran ¡ay! de una vida
de dolor y pena henchida,
interminables las horas.
No sabes, no, cuanto dura
la desgracia, y cuanto amor
inspira un mútuo dolor
y una vida sin fortuna.
Pasamos la nuestra asi
en la miseria, Fernando,
con sus lágrimas mezclando
las lágrimas que verti.
Mas hoy... no, no olvidaré (*resueltamente.*)
que le debo mi existir,
y entre dejarlo ó morir
morir, Fernando, sabré.
FER. Con que es decir, engañosa,
que me olvidas, que me dejas?
ELE. Sin justa razon te quejas;
soy su hija, aun no tu esposa;
y asi respetar debias
mi dolor.
FER. Ah! calla, calla.
ELE. Y en tan sagrada batalla
ayudar las fuerzas mias.
FER. Yo á combatir, boto á brios,
la pasion que es mi esperanza?
ELE. Pues si mi fuerza no alcanza,
espero me la dé Dios,
que tal sacrificio exige.
FER. Elena, con que es decir
que aun te queda que elegir,
y qué lo harás? Pues elige,
y aquel que mejor te cuadre
no esté mas tiempo penando.
ELE. Pues entre los dos, Fernando,
elijo...
FER. A quién?
ELE. A mi padre.
FER. A tu padre! Desleal, (*desesperado.*)
y tu amor?
ELE. Ay! (*al ver entrar al marqués.*)
MAR. (*á Fernando*) Lo escuchaste?
Por aquella puerta entraste,
Mendoza, por ella sal.
FER. Señor... señor... (*rehusando.*)
MAR. Bien, Elena.
Tu, Mendoza, hasta mas ver. (*acompañándolo.*)
Hija digna vuelve á ser
del marqués de Roca-amena.

ESCENA X.

ELENA, EL MARQUES.

MAR. Todos tenemos, Elena,
que cumplir nuestro destino,
es el tuyo, noble joven,
volver á tu casa el brillo,
la posicion, la riqueza
que en su desgracia ha perdido.
ELE. Exija usted lo que quiera,
no escuse los sacrificios;
sumisa á su voluntad
solo á complacerle aspiro
No espere, no, una pregunta
ni una queja, el deber mio
complaciente llenaré,
y si dichoso consigo
verle al fin, tambien dichosa
seré yo, padre querido.
MAR. Elena, tú que conoces
cuanto es mi amor y cariño
para ti, comprender debes
que solo tu dicha ansio.
Tiempo es ya que mi secreto
no ignores, debo decirlo,
y que tú, con tu prudencia
determines.
ELE. Padre, he dicho
que solo sé obedecer;
disponga usté á su alvedrio
de mi suerte, de mi vida,
seguro de que me obligo
á todo lo que usted quiera.
(Cuanto mayor sacrificio,
menos tiempo durará,
pues no podré resistirlo.)
MAR. Mira que te comprometes...
ELE. A todo, á todo: le he oido
que solo anhela mi bien;
en su cariño confio.
MAR. Pero escucha.
ELE. Nada, padre,
le obedeceré. (Dios mio!
¿qué puede ya en este mundo
aumentar mi cruel martirio?)

ESCENA XI.

EL MARQUES.

Elena, tu amargo llanto
mi corazon despedaza;

pero no debo ceder;
¡qué fuera de mi esperanza!
Cuando benéfico el cielo
remedio á mi mal depara,
me detendré en el camino
por tu pesar y tus lágrimas?
Y ademas, ¿cómo ceder
cuando he dado mi palabra
al buen baron de Melgar,
tomándole anticipadas
de la dote grandes sumas!
Y aun pudiendo, ¿dónde hallára
mejor ocasion Elena,
para remediar su casa?
¡Ocho millones! Dios mio!
que me libran de la infámia,
devolviéndome mis fincas
por desgracia hipotecadas,
desde que allá, en Barcelona,
mis riquezas me robáran!
Adelante, Roca-amena,
firmeza, que en esta causa,
al combatir por tu honra
por tu ventura batallas.

ESCENA XII.

EL MARQUES, EL BARON.

AR. Sempre á sua dispocisaon
como debo bon marqués
é ó faz um portuyes.
AR. Tantos favores... baron...
AR. Deixe, deixe os comprimentos
si vos quiser, Roca-amena,
que naon vaen naon á pena
de nos perder os momentos.
Deixemos os xâ.
AR. Corriente,
la etiqueta mortifica.
AR. E mia Elena, ¿dónde fica?
Por falarla estoa impasiente.
E tan grande á estimasaon
que me inspirou à rapasa,
que con sua sangüe se abrasa
em ó peito ó corasaon.
Avido eston de falarla,
de conquerir ó seu amor
é de miña dicha por
só marqués, em adorarla.
AR. No dudo que venturosa
sea á vuestro lado mi Elena,
y que siendo hija tan buena
será tambien buena esposa.
Con ella os pago, baron,
el favor que me habeis hecho;
hago mas que si del pecho
me arrancára el corazon.
Esperad, voy al momento
por ella, y aqui podreis
hablarla.
R. Naon á inquieteis.
AR. Me espera ya en su aposento.

ESCENA XIII.

L BARON, *despues de asegurarse de que está solo.*

Si fuera yo buen cristiano
y tuviera religion,
debiera decir que está
aqui la mano de Dios.
Al pasar hace seis meses
por Sevilla, en un balcon
divisé á la hermosa Elena,
y mi corazon sintió
todo el ardor, todo el fuego
de una violenta pasion.
Me detengo cuatro dias
en el grande parador
que está frente de esta casa,
pongo al momento en accion
cuantos recursos me dicta
un tan romántico amor;
pero todos son en vano,
y tengo por conclusion
que marcharme á Portugal
despues de sufrir un no,
que deshace la esperanza
de mi amante corazon.
Voy á los baños de Caldas,
y sin saber la razon,
el marqués se hace mi amigo;
vivimos juntos los dos;
le hablo de la niña hermosa
que en Sevilla me encantó,
le doy las señas, comprende
de quien quiero hablarle yo,
fortalece mi esperanza,
convenimos en la union,
y al contarme la desgracia
que en Barcelona sufrió,
conozco que... ¡Vaya un lance
estraordinario, gran Dios!
Como por segunda mano
su capital entregó,
¿quién habia de adivinar
que era él... voto vá brios?
Convenido el casamiento,
con espresa condicion
de efectuarse al momento,
de mi mano recibió
el completo de la dote,
que era del mismo valor
que su fortuna perdida;
y heme, por conclusion,
que llevándome á la hermosa
que pasion tal me inspiró,
logro acallar algun tanto
el gusano roedor
de mi conciencia, enmendando,
sin pensar, mi mala accion.
No hay remedio, aqui se vé
la sabia mano de Dios.

ESCENA XIV.

EL BARON, ELENA, EL MARQUES.

MAR. Es tan solo por tu bien,
te lo juro, hija querida.
ELE. Dueño es usted de mi vida,
de mi voluntad tambien.
Ya para mi no hay pesares,
nada me causa quebranto,
ni aun tienen mis ojos llanto
despues de verterlo á mares.
BAR. (Es hermosisima, cielos!)
ELE. Su hija humilde, señor, soy
y á hacer lo que quiera estoy
dispuesta.

MAR. Tan solo anhelo
tu bienestar, tu ventura:
tengo la satisfaccion
de presentaros, baron,
á mi Elena, su futura.
BAR. Señor, á felicidade
que seu discurso nos labra,
em nosso peito á parabra
tem escravo, é á verdade.
Nos quisermos bem mostrar
falando nossos contentos,
mas á em á vida momentos
que faem á ó homem calar.
Calar, si, é de xôello
resever ó eserso bem,
que naon merese ninguem.
que ninguem é digno de ello.
MAR. Mucho, baron os bajais,
y vos teneis...
BAR. Teño ouro,
ma ó incomparavel tesouro,
¿naon vae marqués muito mais?
MAR. No hablé de vuestra riqueza:
hay otras mil cualidades...
BAR. ¿E qué boas propiedades
tem diante de ela defeza?
Si á, señor, em á terra
quen é queira competir...
ELE. (Cuanto tengo que sufrir!)
BAR. Eu xâ declaromle ä guerra.
MAR. Entiendes lo que el baron
diciendo está? (*á Elena.*)
ELE. Nada entiendo:
sabe usted que no comprendo
el portugués.
BAR. Con que naon?
Faré para le fablar
y que me poda intender,
ó cuanto fora mister...
(poco me podrá costar.)
Desde que á vim, señora,
á sangüe se arrebatou;
é mi corasaon sintiou
unma sede abrasadora
de adorarla, ¿me comprende?
MAR. Respóndele.
ELE. Si. . señor.
(Habrá tormento mayor?
Imposible!)
BAR. Sei que intende?
Ahora bem, con miña maon
que presentole rendido,
doil-e tamben aflixido
por seu amor, ó corasaon.
Amarl-a doido de agora
por tan grande beneficio,
sem poupar um sacrificio
será meu gusto, señora;
que adorari-a es muita gloria,
é de seu escravo porém
de taon deleitoso bem
naon riscarase á memoria.
ELE. Gracias, gracias... Padre mio!
MAR. Qué tienes? (Está cortada!) (*al baron.*)
BAR. Está doente?
ELE. No es nada,
señor baron.
BAR. Naon me fio.
Fonseca, Beatriz, Mateo!
pronto.
MAR. No llame, señor.
BAR. Si pode vir ó Dotor.
MAR. Para qué?
ELE. Padre, deseo
retirarme; ¿me dareis,
señor baron, el permiso?
BAR. Naon tem dúvida.
MAR. Preciso
será que la dispenseis.
Es, amigo, natural
en las doncellas...
BAR. Intendo
eu xâ á dixim...
MAR. Si, comprendo:
¿cómo te sientes? (*á Elena.*)
ELE. Muy mal.
BAR. Deitese pois.
MAR. Si, descansa.
ELE. Con su permiso...
BAR. (*saludando.*) Obrigado
en ficaré aqui issolado (*los acompaña.*)
vivendo con sua lembransa.

ESCENA XV.

EL BARON.

Encantadora belleza!
hermosa joven! Confio
poder conseguir su amor
como su mano consigo.
Me mira con repugnancia
porque el corazon cautivo
tiene de otro amor; mas pronto
al hallarse en el bullicio
de las grandes capitales,
deslumbrada con el brillo
de que puede rodearla
entusiasta mi cariño,
la pasion en que se abrasa
dará dichosa al olvido.
Venturoso, vive el cielo,
se presenta mi destino.
(*entra don Fernando por el balcon y se acerca al baron sin que este lo sienta.*)
despues de tantos azares
ya era tiempo.

ESCENA XVI.

EL BARON, DON FERNANDO.

(*toca este en el hombro al baron, que se sorprende y lleva con ligereza la mano á su bolsillo, como para tomar el puñal.*)
FER. Señor mio!
BAR. (Vive Dios!) Qué queire?
FER. Vengo
desesperado á buscaros,
y pues ya logré encontraros
por muy dichoso me tengo.
Sabedlo, señor baron,
antes que á Elena os lleveis,
es preciso me arranqueis
de mi pecho el corazon.
BAR. (Ah! respiro!) Cabaleiro, (*retira la mano del puñal.*)
muito estraño sua conduta,
naon me place ista disputa,
é ó meu gusto é ó primeiro.
FER. Escuse baladronadas
que no me asustan; le digo

que vengo...

Bar. Ollame, amigo,
i para botarnos pancadas?

Fer. Para batirnos, ois?
sin mas remedio los dos;
y aquel que proteja Dios...

Bar. As regras do meu pais...
além fico in terra estraña
é pode faserme mal.

Fer. Eso es bueno en Portugal,
pero estamos en España:
y los hombres de valor
cuando injuriados han sido,
las leyes dan al olvido,
porque es primero su honor.
Lo ois, baron? A la ley
en España respetamos,
mas mancillar no dejamos
nuestro honor, ni aun por el rey.

Bar. E digame, bon señor,
¿por qué eu quero maridar
ó seu honor vó á mansillar?
Contésteme por favor.

Fer. Seis años hace, baron,
que Elena y yo nos amamos,
seis años que alimentamos
nuestra ardorosa pasion:
seis años, me comprendeis?

Bar. Comprendo bem.

Fer. Renunciais?

Bar. Renunsiar? Nunca, xâmais!

Fer. Luego batiros quereis?

Bar. Tampouco, naon, naon me bato.

Fer. Le diréque es un collon.

Bar. Bem.

Fer. Le daré un bofeton.

Bar. Antom rapasiño ó mato.
Fale cuanto vos quicer
con á lingua, mas á mao
naon á mova, é de ocasiào
que naon se poda escueser.

Fer. Nada temo, vine aqui
para batirme, baron:
ó batirse, ó el bofeton.

Bar. Queire batirse? (*despues de pensar.*)

Fer. Si, si.

Bar. A ó campo?

Fer. Sin dilacion.

Bar. E teña sua morte serta;
vamos pois.

Fer. Vos por la puerta.

Bar. E vusté?

Fer. Por el balcon.

(*despues de salir por él, el baron se acerca y lo cierra diciendo.*)

Bar. Batirme yo? buena gana!
pudiera muy bien morir,
es mas prudente dormir.
Buena noche, hasta mañana.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

Beatriz, Mateo, Fonseca, *dos criados una criada y dos lacayos; Mateo sentado escribiendo.*

Bea. Portugués de los demonios,
no rompas esa bagilla;
como si fueran de barro
tratas las piezas de china.
Llévalo con mas cuidado.

Fon. Naon fale mais su ilustrisima.

Bea. Qué ilustrísima, alcornoque;
¿tengo yo cara de obispa?

Fon. Isto é conta de meu dono
é naon tem á menor duoida. (*vase.*)

Bea. Anda, Manuel, en la mesa (*á un criado.*)
de afuera, pon dos bugias,
y cuida de que se hallen
cuando todas, encendidas. (*vase el criado.*)
Llena de flores las jarras (*à la criada.*)
del comedor, riega y cuida
los tiestos de la escalera,
y cuando todo esté, avisa. (*se va.*)
Vosotros, tened dispuestas (*á los criados.*)
las hachas, que las visitas
no os cojan desprevenidos,
y á oscuras suban. (*se van.*)

Mat. (*leyendo con entusiasmo.*) ¡La vida!

ESCENA II.

Beatriz, Mateo.

Bea. Me gusta por Dios su calma!
Sin hacer nada, sentado,
cuando todos á porfia
nos hallamos trabajando?

Mat. (Buen consonante... florida.) (*pensativo.*)

Bea. No me oye? (*dándole en el hombro.*)

Mat. Quiere usted algo? (*distraído.*)

Bea. Quiero que me ayude usted.

Mat. Voy al momento.

Bea. Pelmazo,
no es hora de ajustar cuentas.

Mat. «Y vienen los desengaños.» (*leyendo.*)

Bea. Qué desengaños! .. Por vida
¿Está usted representando?

Mat. Un momento, Beatriz,
solo un momento y acabo.

Bea. Pero qué?

Mat. «La misma Atropos
se para, no sigue hilando.» (*lo mismo.*)

Bea. ¿Qué significa esa jerga?
Mateo diga usted: vamos.

Mat. Ya acabé: por Dios señora,
(*echa arenilla á lo escrito y se levanta.*)
es justo á nuestros amos
en tan venturoso dia
felicitemos.

Bea. Ya caigo,
hacia usted versos?

Mat. Cabales:
allá en mis primeros años
fui amante predilecto
de las musas, y el Pegaso
cien veces á la Helicona,
hendiendo con vuelo raudo
los aires, sobre su lomo
me condujo descansado.

Bea. Que dice usted, buen Mateo?
Pegaso... ¿y quién es Pegaso,
y esa señora Helicona
á quién buscaba volando?

Mat. Son personages que moran

dichosos en el Parnaso;
la Helicona es una fuente
y el Pegaso es un caballo.
Bea. Pues con tales personages
será el Parnaso...
Mat. El Parnaso.
Bea. Es indudable; no entiendo
ni una jota.
Mat. No es estraño;
nunca ha sido usted poeta.
Bea. Yo poeta? Para el diablo;
pues si no quise casarme
cuando allá en mis verdes años
me pretendió un guapo mozo,
estudiante de San Cárlos,
porque en verso su atrevido
pensamiento ha declarado!
Poeta? No, nunca tienen,
aunque se maten, un cuarto.
Mat. Quién se acuerda del dinero?
¿No es mas grato para un sábio
ver el laurel que á su frente
le ciñe el mundo admirado?
Bea. Dígame usted, pobre hombre,
para ver, aunque sea un ramo
de peregil, ¿no es preciso
comer? ¿Y quién, mentecato,
si no tiene una peseta
entonar puede su estómago?
Mat. ¡Oh que prosáica muger!
Bea. Fuera insultos, y tengamos,
si quiere, la fiesta en paz;
pero vamos, leame algo
de sus versos.
Mat. Un soneto
escribí solo.
Bea. Veamos. (*lee lo que ha escrito.*)
«Señor marqués, señora doña Elena,
para este estraordinario y tierno dia,
anhelára tener el alma mia
el violin que á Arion quitaba pena,
De Orfeo la lira, que en músical cadena
á los tigres y leones imponia,
y de Endimion la flauta; usted veria
un concierto, marqués de Rocamena.
Pues ya que ustedes pasarán la vida
(hágala Dios, señor, de dos mil años)
rica, gustosa, tierna y muy florida,
sin que vengan los funestos desengaños,
al entrar en su casa el himeneo
entusiasta cantar quiere Mateo.»
Bea. Perfectamente, está bien;
mas sin embargo, reparo
que ahi no suena mi nombre,
y quisiera...
Mat. Remediado
quedará al punto (*pensando.*) Oiga usted
el nuevo final: exacto.
«Al entrar en su casa el Himeneo
cantar con Beatriz, quiere Mateo.»
Bea. Escelente; mas me ocurre
aun una duda.
Mat. Veamos.
Bea. Que nunca canté, y si quieren
la palabra nuestros amos
cogernos, vamos á hacer
que escapen los convidados.
Mat. Tan mala voz tiene usted?
Bea. De chicharra.
Mat. Pues yo canto...
cantaba... quise decir,
en otro tiempo.
(*da un grito para probar la voz.*)
Bea. ¡San Marcos!
Si parece usté un becerro!
Mat. El poco uso, y los años;
pues sepa usted, Beatriz,
que parecia un canario
antiguamente. (*pensando.*)
Bea. Es preciso,
que eso se enmiende.
Mat. Ah... ya caigo.
«Al entrar en su casa el Himeneo
Beatriz os saluda con Mateo.»
Bea. Está muy bien, eso es facil,
y no nos cuesta trabajo,
haciendo del *fricasé*
el saludo, del mal paso
salimos en un momento.
Mat. Exacto; pero me marcho
á ver si todo dispuesto
lo tienen ya los muchachos.
¡Que lástima de la voz
que he perdido! (*se va cantando.*)
Bea. ¡Vaya un grajo!

ESCENA III.

Beatriz.

Dispuesto para la fiesta
todo lo tenemos ya:
con eso sabrá el marqués
que en mi puede confiar,
y que sé, y que tengo gusto
sin duda como el que mas;
y es esto muy interesante,
pues como Elena se vá
al momento de casarse
con su esposo á Portugal,
el papel de la persona
que en la casa ha de quedar
puesta al frente, sin remedio
el doble valor tendrá.
Voy á mandar que las luces
enciendan, que empezarán
á llegar los convidados.
(*al marcharse vé á Elena.*)

ESCENA IV.

Elena, *vestida de novia; muy pálida.*

Preparada al sacrificio
con impaciencia lo espero;
mas... arrancadme, Dios mio,
de mi mente su recuerdo.
Pobre, infeliz, sin fortuna,
sola en el mundo me veo,
y sola de mi desgracia
debo llevar todo el peso.
(*entra luces en criado.*)
Como el humo la esperanza
del porvenir se ha deshecho,
como deshace la niebla
al bramar furioso el viento.
¿Qué quedó de la ilusion
seductora de otro tiempo?
¿Qué de mi grata esperanza?
¿Qué de mis dulces ensueños?

Su memoria solamente,
porque el destino funesto
mi ilusion y mi esperanza
y mis ensueños ha muerto.
Como la flor se marchita
y desfallece, si el viento
la bate; ante mi desgracia,
como la flor desfallezco.
Morir... morir, y tan joven,
y ser dichosa pudiendo..!
No mi pesar aumenteis,
desgraciados pensamientos.

ESCENA V.

ELENA, MATEO.

MAT. Señorita? (*desde la puerta.*)
ELE. Quién?
MAT. Deseo
para un asunto preciso
que me dé usted su permiso.
ELE. Acérquese usted, Mateo.
MAT. (Oh que bella!) Yo celebro
su suerte.
ELE. (Cuanto me pesa!)
MAT. Y de ser la baronesa,
como es muy justo, me alegro.
ELE. Gracias, Mateo.
MAT. Por errar,
como otra vez sucedió,
si recibir debo ó no
una carta, á preguntar
vengo á usted, Señora.
ELE. A mi?
MAT. Como á usted sola interesa.
ELE. Y de quién es la carta esa?
MAT. No lo sé, mas pienso...
ELE. Si,
tómela usted.
MAT. Aqui está,
la tenia ya en el bolsillo;
¿quién resiste al pobrecillo?
Cuanta lástima me dá.
(*á una señal de Elena se vá.*)

ESCENA VI.

ELENA, *lee.*

Elena, mi adorada Elena; no es ya tu amante quien te suplica, es un leal amigo quien te aconseja. Deten tu casamiento... detenlo, por Dios, al menos... hasta las diez. La infamia y la deshonra te esperan, si no haces caso de mis consejos, ó si quieres de mis súplicas. No puedo aventurar una palabra mas; pero estoy dando todos los pasos necesarios, para arrancarte del precipicio á que te conducen. A Dios. Fernando.

Que fatal premio recibes,
pobre infeliz, por tu amor,
cuanto será tu dolor
cuando asi, Fernando, escribes.
Mas desecha la esperanza
que asi aumenta tu ansiedad,
no puede mi voluntad
remediarla, no lo alcanza.
Perjura contigo fui,
y es tanta mi desventura,
que volveré á ser perjura
porque á otro amor ofrecí.
Amarlo! Cuando aqui siento
á mi pobre corazon
ardiendo por tu pasion...
si juro, Fernando, miento.
Miento, porque al verme yo
ante el altar, ¡ay de mi!
aunque el labio diga *si*
el corazon dirá *no.*
(*se ven pasar varios convidados por la puerta del foro precedidos de los lacayos con luces; repitiéndose varias veces, durante esta y la siguiente escena.*)
Mas... ¿para qué me entretengo
con recuerdos tan fatales,
si en remedio de mis males
ninguna esperanza tengo!
El postrer paso que dar
me queda, cielos, qué horror!
Que no me falte valor,
Santo Dios, ante el altar.
En tan terrible momento (*muy agitada.*)
en vos tan solo confio,
no escucheis de un labio impio
sacrílego el juramento.
No lo escucheis por el nombre
de María; mi corazon
no puede ser del baron,
que ya, señor, es de otro hombre.

ESCENA VII.

ELENA, EL MARQUES.

MAR. Vamos pues, querida Elena,
ya lo amigos te aguardan,
y los mas me han preguntado
la causa de tu tardanza.
ELE. Vamos, padre.
MAR. Dame el brazo;
pero qué, te sientes mala?
ELE. No señor.
MAR. Es natural
que te encuentres agitada
en tan critico momento;
pero si quieres, retarda
por un poco presentarte.
ELE. Nada de eso.
MAR. Estan las salas
llenas de gente.
ELE. (Dios mio
protegedme!)
MAR. (Poco falta.
(*se van por la puerta del foro.*)

ESCENA VIII.

DON FERNANDO, MATEO, *este deteniendo á aquel.*

MAT. Señorito, usted me espone;
mi posicion compromete,
y abusa usted, porque sabe
que decirle no, no puedo.
Es mucha temeridad
dar este paso, y yo debo
por mi solo, y por los dos
oponerme; yo le ruego
que escuche usted mis razones
y que siga mis consejos.
FER. Harto impertinente estás
esta noche, buen Mateo.
MAT. Impertinente!
FER. Si, mucho.
MAT. Conque porque no le dejo

que con el baron aqui
represente usted el Otelo
en la escena del puñal...
Fer. Hombre, por Dios, no seas necio;
le tengo solo que hablar
de un asunto, que aunque serio,
y preciso, nada tiene...
Mat. Desafio!
Fer. Nada de eso.
Mat. (Por vida... no sé que hacer.)
Fer. O le avisas, ó allá dentro (*incomodado.*)
me dirijo yo á buscarle.
Mat. Qué dice usted? Fuera bueno! (*se oye música.*)
Quiere usté armar esta noche
en casa un pronunciamiento?
Fer. Pues avisale.
Mat. (Caramba
vaya si el mocito es terco.)
Si estan bailando...
Fer. (*se dirige al foro.*) Yo voy...
Mat. Por San Dimas. (*deteniéndolo.*)
Fer. Ya no puedo
sufrir mas tu impertinencia.
Mat. Pues señor, no hay mas remedio.)
voy á buscar al baron.
(*llega hasta la puerta y vuelve.*)
Pero mire usted que cuento
con su palabra?
Fer. No temas
Mat. Promete usted?..
Fer. Si, prometo
todo cuanto quieras.
Mat. (*se retira y vuelve.*) Voy.
Fer. Otra vez? (*incomodado.*)
Mat. Solo un momento,
que es un lance peliagudo
y puede sernos funesto.
Fer. Qué quieres? Vamos, despacha.
Mat. Perdóneme usted; mas quiero
registrarle los bolsillos.
Fer. Mateo, qué dices?
Mat. Que temo
todo en el genio de usted:
y si despues con el fuego
de las palabras se anima,
como de seguro espero,
puede usted con el baron...
Fer. Ya te he dicho y repetido...
pero; ¿por qué me detengo?
(*se dirige á la puerta.*)
Mat. Señorito.
Fer. Nada escucho.
Mat. Por la Reina de los cielos:
yo iré, yo iré.
Fer. Pues al punto.
Mat. (No hay mas remedio; *Laus Deo.*)

ESCENA IX.

Don Fernando.

Impertinente el bribon
ha estado; bien si creia
que el objeto que traia
era retar al baron.
Al baron... ¡qué disparate!
tiene una calma estremada.
por no dar una estocada
dice que nunca se bate.
Ayer me lo dijo asi,
cuando ya harto de esperarle
en el portazgo, á buscarle
tuve que venir aqui.
Pero desde ayer á hoy
cambió la decoracion,
puede decir el baron
ya sombra mia no soy.
Como el pillo tomará
tan agradable noticia!
Teme mucho á la justicia
y lo que yo quiera hará.

ESCENA X.

Dicho, el Baron, Mateo, *observando desde la puerta.*

Bar. Cavaleiro, xa arranxado...
Fer. Nada, amigo, en portugués.
Bar. Que fala?
Fer. Que inutil es
el fingimiento, escusado.
Bar. Naon intendo, naon.
Fer. Si tal,
V. E. no reflexiona (*con intencion.*)
que no se estila en Gerona
hablar como en Portugal?
Bar. (Cielos!) Xa dixim... (*sorprendido.*)
Fer. Que si:
no me crea usté un rapaz,
á proponerle la paz
solamente vine aqui.
Ya sabe que no me aterra
con sus fieros; ademas,
tengo un medio mucho mas... (*con intencion.*)
conque, ¿la paz, ó la guerra?
Bar. (Tal vez lo pueda matar!)
Fer. Qué decis?
Bar. En mi aposento
si á usted le place...
Fer. Consiento.
(¿Si me querrá asesinar?)
Bar. (Como yo te coja á solas...
Pase usted. (*á la puerta de su habitacion.*)
Fer. Detras de usted.
Bar. (Tengo yo un puñal!) Tal merced...
Fer. (Tengo mi par de pistolas.) (*cesa la música.*)

ESCENA XI.

Mateo.

Pues su palabra cumplió,
vive Dios no lo esperaba,
cuando menos, me temia
que anduviesen á estocadas.
No he podido por mas que hice
entender de lo que hablaban;
pero sin duda es negocio
de estraordinaria importancia.
Si desde aqui los oyera...
(*mira por la cerradura.*)
pero, qué veo? Ya escampa!
El baron tiene un puñal
en la mano; ¡Santa Marta!
dos pistolas don Fernando...
voy á llamar á la guardia;
pero ya se tranquilizan;
¿qué es esto? Los dos se guardan
cada cual en sus bolsillos
á un mismo tiempo las armas.

Se han sentado frente á frente,
estan conversando... ¿qué hablan?
Nada oigo. (*pausa.*) Ya don Fernando
se despide y se levanta;
ya salen, corro á mi puesto.

ESCENA XII.

DON FERNANDO, EL BARON.

FER. Conque esta noche de marcha.
(*desde la puerta del cuarto.*)
BAR. Cuando arregle el equipage.
FER. Mire usted que si me engaña...
BAR. Descuide el señor Mendoza,
que cumpliré la palabra.
FER. (Yo estaré alerta.) Mateo.
(*en la puerta del foro.*)
ven conmigo, me haces falta.
BAR. Fonseca; un conto de reis
(*sale Fonseca del cuarto del Baron.*)
si ese rapas non mais fala. (*le da el puñal.*)

ESCENA XIII.

EL BARON.

Maldita suerte, maldita
¡conocerme en tal momento!
Si no me caso, la dote (*pensativo.*)
no tiene duda, la pierdo.
En horrible situacion
el tal Mendoza me ha puesto!
Mas si me obstino, me espongo,
siendo peor el remedio
que la misma enfermedad;
porque el muchacho es travieso,
y como está enamorado
no dejará ningun medio
para obligarme á cumplir
lo que ofrecí... ¡Vive el cielo!

ESCENA XIV.

EL BARON, EL MARQUES.

R. ¿Cómo asi el señor Baron
abandona á las señoras?
ɪ. Notisias horrisadoras
xêgaron da mia nasaon.
R. Qué sucedió?
ɪ. A anarquia
desenrolou sua bandeira,
em ó pobo de Pereira
larvoron com vilania.
Esta notisia é terrivel
para min, que teño ali
muitos casaes, é ei-le-ahi
que á perda de hoxê é infalivel.
Ainda mais, como tiña
do meu goberno á ó xulgar
nome eu ó povo, marchar
mandame logo á Rayña.
. Pues no lo debeis sentir
que es el encargo de honor.
. A eses marotos á impor
á lei teño pronto eu que ir.
. Mañana...
A mañan? Naon, naon
ista noite.
. Cómo? Qué?
Honra miña abatir é
cusdasioso ó seu pendon.
MAR. Imposible!
BAR. Eh! como ó sol
é fixò, si, fora incuria.
MAR. ¿Y pensaís que tal injuria
la resiste un español?
Buen baron, os engañais,
al punto á que hemos llegado,
ó marchais de aqui casado,
ó vive Dios, no marchais.
BAR. (Esta es otra!)
MAR. Ois?
BAR. Meu honor...
é dinda meu cavedal.
MAR. Y mi honor?
BAR. (Suerte fatal!)
O arranxâremos, señor.
MAR. Miradlo como ha de ser;
de aqui casado salis,
por mas que vuestro pais
entero se arda.
BAR. (¿Y qué hacer; (*pensativo.*)
pero la cuestion es obvia,
si el casamiento apresuro,
libre me veo del apuro
y ademas con buena novia:
pues no hay mas... resolucion
y allá veremos por dónde...)
MAR. Conque vamos, qué responde
á lo que dige el Baron?
BAR. Pronto señor á cumprir
como un cabaleiro fae,
á maridar ó homen vae,
é depois queire partir;
mais partir como á saieta
é mister.
MAR. Vendrá el notario
y en un momento... (*vase.*)
BAR. Canario!
vaya un hombre, y como aprieta.

ESCENA XV.

BARON.

Divertida por Dios es
la posicion que me han dado;
el Mendoza por un lado
y por el otro, el marqués.
Uno en su casa me encierra
si me marcho y no me caso,
y si accedo á dar tal paso
otro me hace la guerra.
Y no hay remedio, es preciso
decidir, que el tiempo pasa;
¿quién me condujo á esta casa?
Mi mala estrella lo quiso.
Si Fonseca, voto á brios,
seguro fuera esta vez...
libre me viera, pardiez
del mas malo de los dos.
Y ya tarda en demasia...
yo solo tengo la culpa,
para oirle una disculpa
esperarlo no debia. (*pensativo.*)
Si no pierdo ni un momento
puedo á Mendoza burlar,
porque el dinero dejar
por no hacer el casamiento,
es cosa por cierto dura
y que merece pensarse,
mas... ¿y si llega á enterarse?
Mi perdicion es segura;

pero algo no he de dejar
á la suerte..? Convenido,
seré primero marido
y acto continuo á marchar.
Pues ya resuelto el viage
lo primero es lo primero,
pondré en salvo mi dinero
y arreglaré el equipage.

ESCENA XVI.

ELENA, BEATRIZ.

ELE. Me sofoca este bullicio
y me hace mal, Beatriz,
cuando mi pecho infeliz
se prepara al sacrificio;
y en vano en su desconsuelo
al cielo constante invoca,
que insensible cual la roca
á su dolor se halla el cielo.
BEA. Quién penetra, Elena, quién
sus recónditos arcanos?
Los miserables mundanos
no vemos el mal ni el bien.
Cuando pedimos su gracia
y su ayuda, y no las dá,
nos libra el cielo quizá
de una terrible desgracia.
Nuestra ceguedad es tal
que donde el bien calculamos,
muchas veces encontramos
con gran pena nuestro mal.
Por eso, Elena, es mejor
conservar nuestra esperanza.
poniendo la confianza,
toda entera en el Señor.
ELE. La esperanza conservar
dices, Beatriz?
BEA. Señora...
ELE. Cuándo la terrible hora
está á punto de sonar?
No pretendas mi ilusion
aumentar con tu delirio,
porque aumentas el martirio
en mi pobre corazon.
BEA. Elena mia!
ELE. Tus palabras,
Beatriz, me causan daño,
y esperando un desengaño
nuevo infortunio me labras.
BEA. No quisiera aventurar
una palabra imprudente.
ELE. No la digas, no, detente,
no me puedes consolar.
BEA. Quién lo sabe? Hasta el momento
de la palabra sagrada
siempre hay tiempo.
ELE. Desgraciada!
BEA. Quién sabe si el casamiento
se detiene? Quién?..
ELE. Beatriz,
¿por qué esperanzas me das,
cuando ya no espero mas
que vivir siempre infeliz?
¿En qué las fundas, en qué?
En nada, por lo que creo.
BEA. No lo entiendo, mas Mateo
me ha dicho: «todo lo sé,
si viera usted lo que pasa;»
y al preguntárselo yo
solamente respondió:
«la señora no se casa.»
ELE. Beatriz!
BEA. Me dijo asi,
tales sus palabras fueron,
mis oidos las oyeron
como yo las referí.
ELE. ¿Y no sabes la razon
que tiene para asi hablar?
BEA. No me quiso contestar,
aunque le apuré.
MAR. Al salon. (*desde dentro.*)

ESCENA XVII.

Dichas, MARQUES, NOTARIO, *señoras y caballeros*.

ELE. Pues mira.
BEA. (Cielos, es cierto!)
MAR. En esa mesa, notario,
puede usted cómodamente
dar á firmar los contratos.
Tomen ustedes asiento,
Señoras. (*lo hacen.*)
NOT. Ya está arreglado
y puesto completamente
ad ordinem el sumario.
Cuando usted quiera que empiece...
MAR. Al momento: estos morgados (*á un caballero*)
de portugueses son tales
para este y otros casos,
con sus muchos cumplimientos...
Voy al momento á llamarlo.
(*entra en el cuarto del Baron; las señoras y caballeros hablan entre si: dan las diez.*)
ELE. Lo ves, lo ves, Beatriz?
Oyes! las diez han sonado,
y mira para el suplicio
por fin todo preparado.
Qué esperanza ya me resta!
La de morir!..
BEA. Con el llanto
solo puedo á tus palabras
responder.
ELE. Mas... ¿y Fernando?

ESCENA XVIII.

Dichos, EL MARQUES, EL BARON.

MAR. Solo á usted, señor Baron,
está el notario aguardando.
BAR. Pronto,
MAR. Empiece la lectura.
NOT. «Diego Garduña, escribano
de número...»
MAR. Puede omitir
los títulos.
NOT. Sin embargo...
MAR. Nada, nada, lo sucinto.
BAR. Si por ó Ceos. (*se acerca á Elena.*)
NOT. «Declaro
que compareció ante mi
en 30 de agosto y año
del sello, el señor Baron
de Melgar y de...»
MAR. Notario,
lo material!
NOT. Cuánta priesa!
MAR. Concluir pronto anhelamos.
NOT. Pues sea asi; «y á doña Elena

por voluntad ha dotado
en cuatrocientos mil pesos,
que ante mi se han entregado
en depósito al marqués,
por haberlo asi acordado
entre los dos contrayentes.»
Sigue la fórmula.

Mar. Alabo,
Garduña, su prontitud;
y ahora, qué falta?

Not. El contrato
tan solamente firmar.
El novio? (*llamando.*)

Mar. Baron.

Bar. Naon tardo. (*firma.*)

Not. La novia?

Bea. (Animo, Elena!)

Mar. Hija!

Ele. Padre!

Mar. Vamos, vamos,
siempre esta formalidad
impone.

Bar. De miña mao (*le enseña la pluma.*)
debe prender esta penna
que augmentou ma escravidao.

Not. Estan todos los testigos?
Don Juan Luz, don Pedro Rayo
y don Luis Mazo y Roque?

Una Señora. No ha venido don Luis Mazo.

Not. Falta, marqués, un testigo.

Fer. Aqui está. (*desde la puerta.*)

ESCENA XIX.

(Al entrar *don Fernando*, que se dirige á la mesa y se apodera del contrato, hay movimiento general. Elena deja caer la pluma y se apoya en los brazos de Beatriz: el Baron se retira á un estremo y demuestra su temor: el marqués, ocupando el centro, frente á Fernando, manifiesta su cólera, mientras este pasa tranquilamente la vista sobre todas las personas que lo rodean: el comisario se situa á la derecha de Fernando, y todos los convidados forman un semicírculo en rededor de los personages, permaneciendo á la puerta los guardias civiles, y en último término los criados. Mateo se reune al grupo formado por Elena y Beatriz. Todo esto en un momento.

Una Señ. Ah!

Un Cab. Cielos!

Ele. Fernando!

Bar. Me perdi.

Mat. (*á Beatriz.*) No se lo dige?

Not. Caballero, mi contrato, (*procurando quitárselo.*)
que lo arruga usté, y le juro
á fé de buen escribano,
que me habrá de resarcir
los perjuicios y los daños.

Mar. Otra vez en mi presencia!
Otra vez juntos los dos..!
No sé como, vive Dios,
resisto tanta insolencia
y mi cólera contengo.

Fer. Si algun tanto se serena
el marqués de Roca-amena
podré decir á qué vengo.

Mar. Por qué tardas?

Not. (El testigo.)

Fer. Aunque ya su hijo no soy,
quiero demostrarle hoy
que siempre seré su amigo.

Mar. Y esa sincera amistad
me la demuestras, Fernando,
tal escándalo causando
á esta noble sociedad?
Responde; ¿por qué razon
te debo tanta merced?

Fer. No lo está diciendo á usted
su cara? (*señalando al baron.*)

Un Cab. Cielos!

Mar. (*acercándose al baron.*) Baron!

Fer. Cese usted, señor Marqués,
de tratar asi á ese hombre;
que le diga á usted su nombre,
y entonces sabrá quién es.

Un Cab. Su nombre!

Fer. Si, el verdadero.

Ele. (Ay Beatriz!)

Bea. (Cuanto te ama!)

Fer. Ese pérfido se llama
don Eduardo Fitero.

Mar. Fitero.

Bar. Ah!

Fer. Si.

Com. Ciertamente.

Mar. El mismo que me robó
mi caudal! ¿quién me perdió?

Fer. El mismo, si.

Com. Es evidente.

Ele. Santo Dios!

Bea. Jesus! (*santiguándose.*)

Mat. (*á Beatriz.*) Qué tal?

Not. (Pues no se pierde mal yerno!)

Bar. (Abrete á mis pies, infierno!)

Mat. Le dige yo bien ó mal? (*á Beatriz.*)

El Marqués colérico se dirige al Baron; mas al llegar cerca se detiene, y mirándolo con desprecio, dice la primera palabra del siguiente verso, corriendo en seguida hácia Elena, á quien despues de abrazar, la coloca en medio del escenario entre él y Fernando.)

Mar. Infeliz!.. Elena mia,
en tan supremo momento,
decirte lo que aqui siento (*señalando al corazon.*)
en vano pretenderia.
Comprendo que tu ambicion (*al Baron.*)
mi caudal me haya robado,
pero, ¿por qué has intentado
hombre vil, su perdicion?
No te causaba dolor
el hacer la desventura
de esta inocente criatura,.?

Fer. No se canse usted, señor.

Mar. Fernando, cuanto te debo!

Un Cab. Vaya un lance estraordinario. (*á otro.*)

Fer. Puede el señor comisario
sellar su cuarto.

Com. Me llevo
(*cierra el cuarto del Baron y se lleva la llave.*)
la llave, con esto sobra.
Venga usted, señor Baron,
á esperar en la prision
justo castigo á su obra.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, menos el Comisario, el Baron, *guardias civiles y criados.*

Mar. Fernando!

Fer. Señor?

Mar. Elena! (*se abrazan.*)

Mat. Asi me gusta, los tres.

Bea. Bien pudiera hoy el Marqués...

Mar. Que cesa ya vuestra pena.
Juro que no olvidaré
tan provechosa leccion,
y temiendo á otro baron
desde luego os casaré.
Ele. Padre!
Fer. Señor!
Mar. Lo prometo.
Not. (Me protege la fortuna.)
Bea. La ocasion es oportuna. (*á Mateo*)
Les leemos el soneto?
Not. Saluda á usted el notario,
señor Marqués.
Mar. Desde luego
le aseguro á usted, don Diego,
triplicado su honorario. (*se adelanta.*)
Ya que por dicha han pasado
los momentos de amargura,
y un instante de ventura
vuelve al pecho atribulado,
vivireis siempre á mi lado
siendo felices los dos;
de próspera suerte en pos
haremos nuestro camino,
pues que del hombre el destino
fija *la mano de Dios*.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Aprobada en sesion del 7 de setiembre de 1849.— *Baltasar Anduaga* y *Espinosa.*=Es copia del original censurado.

MADRID, 1850:
IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.
Calle del Duque de Alba, n. 13.